



Pero Maigret Vive

Por JACQUES-PIERRE AMETTE
Le Point

SIMENON ha muerto. En el anonimato, retirado. En Suiza. Había anticipado, en 1978, cuando celebraba sus setenta y cinco años: "Nadie será avisado de mi muerte, ni siquiera mi familia. Seré incinerado tranquilamente. Sólo he escogido el color del alado: naranja, porque me encanta ese color. Mi testamento es de una precisión que va a indignar a muchos. Quiero proteger a algunos herederos de otros, tanto como quiero proteger mi obra".

Estraña vida, extraña muerte. anunciada tarde, después de una incineración rápida, a 200 metros de su casa, en Lausana.

Su silueta gris, su rostro de niño castigado, sus ojos demasiado chicos y demasiado redondos desconcertaban. Cuando le preguntaban si era cierto que había escrito 170 libros, respondía que con sus obras escritas con pseudónimos debían llegar a unos 400 volúmenes. Cuando le preguntaban cuál era su secreto, respondía con un bostezo: "Trabajo en la mañana, de 6:30 a 9:30. Me levanto a las 6, y luego me doy un tiempo para bajar, tomarme una taza de café y enterarme en mi estudio... escribo a máquina".

Los periodistas que esperaban encontrar en él a un exponente de la literatura moderna se sentían defraudados y siempre terminaban por hacerle preguntas sobre su pipa y sobre su tabaco. Veían a este hombre (y sus atroces vestimentas de interior) como un sospechoso, un embustero. No era amado por los literatos. Basta abrir los diccionarios. Para el Larousse, "Simenon trivializó la novela policiaca". Para el Bordas, "Simenon ocupa un la-

● El escritor de la pipa ha muerto. Georges Simenon nos deja una silueta: la del detective Maigret, e imágenes de encanto inquietante. Escribió cuatrocientos libros que narran destinos oscuros.

gar incierto en el campo de las letras francesas". Para el Nizier, "Maigret es un simple comisario de la policía judicial, rodeado de un buen olor de humanidad".

André Gide trató de enrolarlo en la literatura elegante, pero Simenon se negó a integrarse a ella. "Siendo bueno a hablar de literatura. La frase bella y fluida, la descripción hermosa, es eso lo que yo llamo la literatura. Y suprimo. Suprimo".

Eso es lo que hizo toda la vida, suprimir. En la novela policial, suprimió primero la intriga sinuosa, el índice material evidente, la inteligencia demoníaca del narrador, el terror, el decorado sobrecargado, realista, el suspense mecánico, las armas, lo espectacular, las escenas históricas, los juicios ostentosos. Mantuvo la fatiga, la rutina, las luces encendidas en pleno día, la gripe, los habitantes de los barrios pobres, las preocupaciones, el café, las mujeres, todas las mujeres. Describió París como una ribera del Sena en la que encajan las soledades.

Los átroces de Maigret son significativos: cuando se enfoca, pierde de vista al asesino. Basta que se dé un respiro, que se detenga en un bar, encienda su pipa, tire piedras en un estanque y, entonces, nada que valse resplandor, un hecho insignificante vuelve a surgir. Reconoce al asesino en el cristal. Maigret siempre se mete en la piel del asesino. En su hermano gemelo, sabe que todas las actitudes para satisfacer las pasiones forman un repertorio muy reducido. Está siempre ante el mismo homocidio de la calle, patético y deshecho. Veamos sus nombres. Se llaman León, Jef, Dédé, Emilie. Las mujeres se llaman Yolande, Martha, Blanche, Bébé, Antonette, como si el novelista hubiera descubierto sus perennidades en un bote del 14 de julio, hacia 1930.

Mientras que Giono escribía "Las almas fuertes", Simenon se interesaba en las almas débiles. Es todo un programa. Eso lo aparta de la literatura en acto de hacerse. Celibe inventa condenados que visitan el infierno de la pobreza. Celibe es el Chateaubriand de los desheredados, lo que sin embargo tiene un aire superior, creemos, al de estas novatas de estación de tren escritas con la lima para las uñas, pero técnicas.

Mauriac alza su Thérèse Desquerraux con brasa, con ángulos negros, y la sombra de Dios viene a darle una palmadita en el hombro. Pero Simenon no tutea a Dios.

No sacamos nada con encodificar en su vida, con hundir en el armario, con sacar a recordir el suicidio de su hijo, con evocar su apatía sexual, su apatía de negro, que transformaba a sus copiosos en proveedoras de carne fresca: nada de eso explica el encanto inquietante, embalsado, de sus novelas, en las que las provincias de Francia son secretas, convalocientes, invernales. No pasa nada en estas obras maestras. Un café, días lánguidos, una estufa, algu-

le", dijo. Es cierto. Siempre es el mismo libro. El mismo libro monótono escrito por un Juan Sebastián Bach de la novela policial. Lo comprábamos tan pronto como había salido a la venta una noche de lluvia, en un quiosco de estación, lo leíamos en el tren, lo volvíamos a encontrar en una estantería, en una aldea de alguna provincia, o abandonado en un cajón por los arrendatarios anteriores; lo redescubríamos usado, destarado, con manchas de aceite, amontonado en una librería de viejo; en el transcurso de una moda, en una caja de cartón, volvemos a encontrar en Maigret que creíamos haber leído. Pero es que siempre creíamos haberlo leído.

Maigret, hoy, se ha convertido en una palabra del vocabulario corriente, un lugar común. Decimos un Maigret como decimos un agua mineral, un impermeable, una calle de un solo senti-



La genial descripción de lo simple.

Sus personajes no maduran nunca, no evolucionan, se pudren donde están, o se liberan de un vértigo, de una obsesión, con un homicidio o con una borrachera.

nas siluetas solitarias, un hombre obsesionado por el cuerpo demasiado blanco de una camarera...

En París, Simenon encuentra más que en las provincias esas mujeres de bocas carnosas, de la categoría de las "vulgares sabrosas" que se quitan sus zapatos de tacón alto en la céntrica de los botones con las marañas cubiertas de papales pintados. Sin embargo, los hombres tienen un aspecto todavía más culpable. Leamos "Maigret y el hombre del banco", historia del amante que nunca se atreve a decirle a su familia que lo han despedido. Sus personajes no maduran nunca, se evolucionan, se pudren donde están, o se liberan de un vértigo, de una obsesión, con un homicidio o con una borrachera.

Simenon descartó la literatura rebosante de cambios bruscos, de andanzas, de lo ambicioso, de personajes llamados como piedras hacia sus proyectos. Terminó con el fresco, con los grandes experimentos líricos, con los libros cargados de palabras bonitas. Sin ruido, con calma, libro tras libro, nuestro Simenon se fue acercando a Freud, a la bomba atómica en la noche, a la neurótica en la calle, en lo vivo.

"Todos mis libros forman una se-

Comunicación 30-X-89 5299

Pero Maigret vive [artículo] Jacques-Pierre Amette.

Libros y documentos

AUTORÍA

Amette, Jacques-Pierre

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pero Maigret vive [artículo] Jacques-Pierre Amette. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile